

CHILE DESPUES DEL CONFLICTO ANGLOARGENTINO

Más allá de los efectos globales del conflicto bélico anglo-argentino en el campo internacional, y que se abordan en uno de los artículos de este número de "REALIDAD", parece indispensable emprender, además, una reflexión específica sobre las implicancias más directas de dicho episodio para nuestro país.

La amplitud y los alcances de las lecciones que él arroja, son suficientes para justificar el imperativo de replantearse a fondo muchos de los criterios o líneas de acción que Chile se ha trazado.

No tendría sentido disimular que el poderío bélico argentino ha resultado una sorpresa para gran parte de los chilenos.

Quienes lo menospreciaban imaginando una supuesta falta de coraje o pericia del militar transandino, o la presunta ausencia popular de un auténtico sentido patrio, habrán de revisar —al menos parcialmente— sus puntos de vista.

El asunto interesa a Chile de modo vital, porque nadie ignora que nuestro país estuvo a punto de ser agredido por Argentina a fines de 1978, en una guerra inminente que sólo logró evitarse gracias a la medación papal en el diferendo.



Además, la reciente publicación del denominado "Plan Rosario" del Gobierno trasandino, difundida por el semanario brasileño "Manchete", confirmó que el régimen de Galtieri consideró indistintamente la invasión de las Malvinas o Falkland y la de las islas chilenas del Beagle, como alternativas eventuales, decidiéndose — en definitiva— por las primeras, sólo por diversas consideraciones de oportunidad o conveniencias políticas, bien o mal evaluadas.

Por último, la altisonancia con que Galtieri anunció la invasión de las Malvinas o Falkland, como el primer paso de "la recuperación de las islas argentinas del Atlántico", no deja lugar a mayores dudas sobre sus intenciones respecto de nuestros territorios insulares del extremo sur, habida consideración del muy peculiar concepto trasandino de lo que es el Atlántico y de los derechos argentinos sobre éste.

Si bien la causa de las Malvinas o Falkland concita el sentimiento popular argentino en forma incomparablemente más amplia, convencida y vibrante que el diferendo austral de ese país con Chile, los antecedentes descritos conforman para nuestra Patria un cuadro inquietante, que deberá estar presente en toda definición básica de nuestras futuras proyecciones nacionales. Los cambios políticos que el conflicto bélico con Inglaterra genere al interior de la política trasandina, no eliminarán el factor señalado, desde que no se advierte en sus alternativas ninguna opción de real estabilidad, al paso que el nacionalismo aventurero de un hombre como Galtieri —aunque extremo— no resulta tan alejado de estilos que también encontraron eco ciudadano en la época y el movimiento peronistas.

A lo anterior, se añade la evidencia de que Perú siente vínculos solida-

rios y emocionales hacia Argentina, que desbordan el mero conflicto de las Malvinas o Falkland, y que poseen además un arraigo popular superior al de los lazos de cualquier otro país sudamericano hacia la nación trasandina, como lo han confirmado diversos hechos recientes y encuestas confiables.

La prudente actitud del Gobierno del Perú no ha sido suficiente para evitar que trasciendan rumores extendidos y preocupantes sobre la eventual existencia de acuerdos secretos entre las Fuerzas Armadas peruanas y argentinas, presuntamente pactados al margen de las estructuras constitucionales que domina y conoce el Presidente Belaúnde.

Los arrestos de independencia de su Gobierno con que el Ministro peruano de la Guerra, General Luis Cisneros, se ha manifestado frente al tema, han trasuntado una osadía y una vehemencia para cuya explicación no bastan meras referencias a sus orígenes o sentimientos personales. Versiones dignas de crédito asegurarán, además, que la solidaridad militar peruana hacia Argentina en el conflicto de las Malvinas o Falkland, se ha expresado ya en un apoyo bélico efectivo, al margen de los desmentidos oficiales al respecto.

Si insertamos tales antecedentes en un cuadro político peruano donde sus Fuerzas Armadas mantienen una línea de acción y de poder paralelas al Gobierno constitucional del Presidente Belaúnde, y le añadimos los tradicionales ingredientes reivindicativos que buena parte de los militares y la opinión pública de ese país experimenta hacia Chile desde la Guerra del Pacífico, concluiremos que la solidaridad argentino-peruana dista de ser indiferente para la futura integridad territorial de nuestra Patria.

El avanzado plan del ex Presidente Velasco Alvarado para invadirnos,

que sólo abortó debido a su derrocamiento por Morales Bermudez, configura un precedente no lejano del riesgo aludido. Un imprevisto —pero posible— giro del esquema político peruano, podría encerrar la reedición del peligro mencionado, que hoy se potencia por la prolongación de nuestro diferendo con Argentina.

En síntesis, Chile debe hacerse a la idea de estar expuesto, en cualquier instante, al intento de un zarpazo a su integridad territorial, emprendido de consuno por sus países vecinos, a los cuales Bolivia acudirá presta, invocando su majadera reivindicación marítima que alega a nuestro respecto. Este último complemento, aunque carece de mayor importancia específica, la tiene sólo en cuanto cierra geográficamente la tenaza que pudiera tenderse contra nuestro país.

De lo expuesto, queda de manifiesto la necesidad ineludible de que Chile se replantee todo su futuro a la luz de esta realidad, que el conflicto anglo-argentino ha venido a alumbrar con una luz roja, acaso premonitoria, pero incuestionablemente útil y oportuna.

Entre las líneas de trabajo que sugiere tal desafío estimamos, por de pronto, que cabría resaltar las tres siguientes.

La primera apunta a la urgencia de fortalecer vínculos naturales de alianza, que contribuyan a contrapesar nuestra realidad dentro del hemisferio y a crear o fortalecer instrumentos eficaces que garanticen en él una solución pacífica y jurídica de las controversias.

En este sentido, Brasil aparece como una pieza capital para nuestra política exterior, ya que el conflicto anglo-argentino seguramente también acarreará una reorientación de Itamaraty hacia nuestro continente. Ese Brasil que hace algún tiempo pa-

reció relegar a segunda prioridad su influencia americanista, para volcarse de preferencia al Africa y a otros centros de poder mundial, probablemente retornará ahora a concederle toda la importancia que para su destino reviste nuestro continente, máxime ante la nueva correlación de fuerzas internacionales que en él se insinúa, después del conflicto bélico registrado en el Atlántico Sur.

Todo cuanto signifique incrementar nuestros tradicionales vínculos con Brasil, adquiere hoy así, particular relevancia. Y como las amistades internacionales se afianzan siempre sobre intereses, será menester desplegar ideas imaginativas y audaces para extenderlos en este caso. Las inversiones económicas, sin constituir el único vehículo para ello, destacan —sin embargo—, como uno de los más importantes y eficaces.

Criterios parecidos deberemos buscar en nuestras relaciones con Estados Unidos, concediendo especial atención, en este caso, a proyectar una sólida continuidad del camino político y del modelo económico escogidos por el actual Gobierno chileno, sin perjuicio de proceder con la máxima sensibilidad previsora frente a las posibles evoluciones de la política exterior de Reagan hacia los Gobiernos autoritarios del continente.

La importancia de robustecer nuestros lazos con Estados Unidos encontrará un escollo adicional en la presumible actitud que la superpotencia norteamericana adoptará hacia Argentina, una vez finalizada la actual fase de confrontación bélica del Atlántico Sur, para contrarrestar la influencia soviética sobre el país transandino, que se advierte crecientemente solícita, cuando no solicitada. En similar orientación se inscribe lo que Estados Unidos intente para resañar las heridas que su apoyo a Inglaterra en el actual conflicto, ha pro-

ducido en buena parte del continente americano.

Una segunda línea de preocupaciones exigirá, sin duda, un reanálisis de nuestra política de defensa nacional ante la nueva realidad.

Al no abrigar Chile intenciones agresivas ni expansionistas, no se ha justificado —ni se justificaría— un enfoque respectivo que se propusiera alcanzar un poder bélico comparable al de nuestros vecinos, aspiración por lo demás utópica para nuestras posibilidades económicas. El reforzamiento, en cambio, de nuestro poder disuasivo, que retenga cualquier intento de agresión en contra de Chile por la certeza de que ello generaría un altísimo costo para el hipotético agresor, requerirá quizás de nuevos esfuerzos, a los cuales nuestra ciudadanía debe ser sensible y, por ello, sensibilizada mediante una conveniente información.

Por último, una tercera y última línea de inquietudes que queremos subrayar, está referida a la exigencia de que nuestra Cancillería afronte integralmente el nuevo cuadro generado, con un vuelo creativo que sepa combinar la altivez de principios y el pragmatismo de acción que reclama la difícil defensa de nuestros intereses nacionales.

En este aspecto, nada se ganaría con disimular la estela de inquietudes que, en vastos sectores de nuestra opinión pública, ha causado la reciente visita papal a Argentina sin que ella se extendiese a Chile.

La explicación vaticana de que ello obedecería a que dicho viaje estaría sólo enmarcado en el conflicto anglo-argentino, y sería ajeno al diferendo austral que nuestro país mantiene con la nación transandina, resultará válida desde el prisma de las intenciones del Santo Padre, pero no lo es frente a la realidad política objetiva de los hechos.

La ligazón entre ambos problemas nos parece idéntica —por analogía— a la que motivó el viaje papal a Argentina. En efecto, sabido es que la gira de S.S. Juan Pablo II a Gran Bretaña, a pesar de tener sólo motivaciones pastorales y ecuménicas, de hecho suscitó contrariedad en Argentina, donde tendió a interpretarse como un supuesto aval o actitud preferente del Papa hacia la nación anglosajona en el conflicto del Atlántico Sur.

Trascendió ampliamente, incluso, que Su Santidad tuvo virtualmente adoptada la decisión de postergar su visita a Gran Bretaña, la que sólo modificó ante la insistencia de los preladados ingleses sobre la grave frustración que ello entrañaría para los católicos británicos.

La resolución papal fue, entonces, visitar ambos países beligerantes, no obstante la nula connotación política de su viaje a Gran Bretaña (donde ni siquiera se reunió con la Primer Ministro).

No habría sino que encomiar tan admirable y abnegada voluntad pacificadora de S.S. Juan Pablo II, si no fuese porque su visita a Argentina, aunque en su ánimo haya sido ajena a su mediación en el diferendo austral de ese país con Chile, en la realidad de los hechos no lo era ni podía serlo. Tanto el que Argentina fuese actor común de ambos episodios, como la existencia de informes nada tranquilizantes para Chile —como el ya mencionado “Plan Rosario” movían al pueblo chileno a considerar problemas innegablemente vinculados. De algún modo, así demostró entenderlo también el propio Santo Padre, con su llamado telefónico al Presidente Pinochet y su mensaje enviado al pueblo chileno —y no a otro— desde Buenos Aires.

Ahora bien, mientras el Papa cruzó el Atlántico para evitar que su viaje a Gran Bretaña fuese mal interpretado

por los argentinos, aunque éste obedeciera a un objetivo enteramente ajeno al conflicto de las Malvinas o Falkland, Su Santidad no estimó que concurría la misma razón para cruzar adicionalmente apenas la cordillera de Los Andes —y estar siquiera algunas horas en nuestro suelo— para evitar el que muchos chilenos pudiésemos sentirnos injustamente postergados frente a Argentina, en el marco de nuestro diferendo con dicho país sometido a su mediación.

Ciertamente, S.S. Juan Pablo II habrá tenido motivos muy poderosos para adoptar un criterio que, ante muchos chilenos, apareció como una omisión política y diplomática, tanto más dolorosa cuanto mayor es la veneración que nuestro pueblo profesa a la dignidad de su investidura, y el admirado y filial afecto que siente hacia su persona y hacia lo mucho que él ha realizado por la paz en el mundo y, de modo especial, entre Chile y Argentina.

Innecesario parece consignar que ello se ha visto aumentado por el contraste entre la presteza, generosidad y deferencia con que Chile aceptó la propuesta del Mediador, y la iniqua dilación con que Argentina la ha eludido, agravando incluso la autoridad moral del Papa.

Cierto es que si la visita de Su Santidad al país transandino derivare en un cambio favorable de actitud de Argentina frente a la mediación papal en su diferendo con Chile, procedería alegrarse del paso dado por el Santo Padre y asumir el dolor de su no venida a nuestra Patria en esta oportunidad, como un trago amargo pero necesario. Sólo el tiempo permitirá, pues, evaluar con plena exactitud el hecho en cuestión.

A todo evento, si a lo anterior agregamos, en un plano muy diverso, el silencio ominoso de la comunidad mundial ante el desconocimiento argentino del laudo británico en 1977, comprobaremos cuán arduo desafío representa para Chile y su actual Gobierno lograr el trato internacional adecuado que su conducta merece, de forma que se preserven sólida y eficazmente nuestros intereses nacionales.

El conflicto anglo-argentino del Atlántico Sur ofrece conclusiones tan valiosas como apremiantes en dicha tarea, y en la proyección más amplia de nuestros objetivos y requerimientos nacionales.

R